

Maite R. Ochotorena

Maite R. Ochotorena

El Sauce Llorón

Título: El Sauce Llorón

© 2008-01-15 Maite Rodríguez Ochotorena

Todos los derechos reservados

Diseño de la cubierta: Lulu.com

Editor: Lulu.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Capítulo 1

Era la luz del verano, el orgullo del bosque, el más hermoso sauce que jamás hubiese nadie contemplado. Ni hombres, ni hadas, ni elfos, enanos, duendes o animales, ninguna criatura había presenciado nunca una hermosura igual en un árbol joven como él. Y el sauce lo sabía. Se paseaba orgulloso entre los demás árboles, miraba por encima del hombro a los achaparrados matorrales, irguiéndose con orgullo con tal de lucir mejor sus esbeltas ramas cargadas de serenas y dulces hojas verdes; las agitaba con experta maestría, gustaba de mirarse en cuantas charcas, pozos o lagos encontraba, suspiraba, en fin, admirado de sí mismo. En verdad era un maravilloso sauce.

No tenía mal corazón, era joven y presumido, sólo eso. Charlaba animadamente con todas las criaturas, acompañaba alegremente a los viajeros del bosque, evitaba discretamente a los hombres y se afanaba

por crecer cada año aún más alto y robusto que el anterior. El viento amigo solía regalarle la brisa más suave. ¡Oh! ¡Con qué placer sacudía entonces él su exuberante melena de tierno verdor! Su voz susurraba un canturreo alegre que aquella brisa plácida se complacía en arrastrar hasta la espesura.

Sólo una cosa enturbiaba la feliz existencia de nuestro joven sauce: la llegada del otoño, y tras él el inevitable frío del invierno, cuyo rigor desnudaba sin piedad sus fastuosas ramas. Le dejaba sumido en una acomplejada desnudez que atormentaba su espíritu durante los largos meses de frío intenso.

Por supuesto, no era el único árbol desnudo, pero a su juicio, perder la larga melena de verdes hojas era como un castigo cuyo objeto no alcanzaba a comprender. Se preguntaba por qué había de ser así, contemplaba la estela de hojas marchitas que dejaba tras de sí en sus cada vez más escasos paseos, hasta que al fin se resignaba a padecer en silencio tan espantoso suplicio. Se consolaba pensando que con la primavera regresaría el viento amigo, la alegría del bosque, y sus ramas volverían a brotar, pletóricas de vida. En ese ansiado momento ponía todo su corazón. Durante las oscuras noches invernales soñaba que el sol arrastraba las hojas muertas, derretía el espeso manto de nieve helada, alejaba el frío, calentaba de nuevo la tierra y la vida cobraba su tributo al bosque dormido.

Las lágrimas que invariablemente vertía en soledad cada vez que arribaba el crudo invierno, le valieron el nombre de Sauce Llorón. Los demás árboles, hayas, robles, acebos, avellanos... todos le observaban sin comprender aquella actitud tan deprimente; le veían encogerse sobre sí mismo, avergonzado, inclinarse peligrosamente sobre la helada superficie de los lagos para contemplarse,

como si no soportara estar tan desnudo como los demás... Susurraban entre sí, le criticaban, opinaban unos y otros sobre el presumido Sauce Llorón.

Un invierno de tantos otros el joven árbol, harto de tan denigrante situación, decidió acabar con su penuria. Estimaba, porque la brisa del verano se lo había susurrado al oído, que había otros lugares donde el invierno no se atrevía a entrar, tierras lejanas donde siempre era verano, donde los árboles no se veían obligados a tiritar de frío, desnudos. ¿Y qué pasaría si él se atreviera a viajar, a abandonar el viejo bosque para recorrer mundo en busca de un lugar mejor? ¿Acaso no merecía un árbol joven y hermoso como él encontrar el paraíso?

No le costó mucho decidirse. Una noche tenebrosa, agitado por un viento del norte árido y cruel, se encontró caminando hacia el sur. A pesar de la violencia de la tempestad que se desató sobre el camino que seguía en medio de la más tenebrosa oscuridad, y a pesar de la lentitud con que se movía, pues estaba en plena hibernación y sus movimientos eran perezosos, cada paso que daba aumentaba su ansiedad por abandonar aquella tierra tan inhóspita. Susurró con determinación, apretadas sus largas ramas contra el tronco plateado; caminó y caminó a través de la ventisca, hasta que dejó el bosque muy atrás, desdibujadas las sombras oscuras de los otros árboles dormidos en una mancha borrosa.

El amanecer le encontró en medio de un camino poco transitado, cubierto de nieve, agotado y solo. Al despertar observó apesadumbrado que había dejado atrás cuanto conocía. ¿Qué le esperaba si continuaba adelante? El sur... La promesa de una vida mejor, del cálido sol eterno...

Suspiró hondamente.

Entonces vio, no lejos de donde se encontraba, una vieja camioneta. Se asustó, pues temía a los hombres con la sensatez de quien se sabe madera para un buen fuego. Sin embargo, a pesar de su natural miedo, la hilera de esbeltos abetos bien distribuidos en la trasera del vehículo le llamó tanto la atención que no fue capaz de moverse. Todos ellos eran árboles jóvenes, repletas sus fuertes ramas de púas verdes, abetos hermosos recolectados sin duda por alguna razón. El sauce observó que no estaban cortados, sino que habían sido cuidadosamente colocados en grandes recipientes, en cuya tierra se hundían sus raíces. No eran pues, madera para el fuego...

La curiosidad, junto a la certeza de que el dueño de la camioneta no andaba cerca, por el momento, provocó en él un inusitado arranque de valentía. No sin precaución se aproximó hasta estar lo suficientemente cerca del grupo de abetos, que sin prestarle atención susurraban alegremente entre sí. El sauce pudo escuchar una conversación como la que sigue:

– ¿Estarás de nuevo en casa de los Sacristán?

– ¡Oh, desde luego! No veo el momento de que me adornen con todas esas maravillosas lucecitas ¡Ah! Espumillones, estrellas, bolas doradas, rojas, ¡plateadas! ¿Existe mayor placer para un abeto como yo?

– Te veías hermoso el año pasado, sin duda. Los Sacristán son generosos en cuanto a los adornos, y por suerte para ti no tienen gato. Yo no tuve tanta suerte. Puede que el año que viene no vuelva al vivero, sino que probablemente me planten en el bosque. ¿No es terrible?

– ¿En el bosque? –exclamó uno de ellos como si semejante posibilidad fuese peor que la muerte–

¡Oh! Válgame el cielo, ¡qué espanto! ¿Qué clase de personas harían algo así? ¡Somos abetos de invernadero! ¿Qué sabemos nosotros del bosque? ¡Todo nuestro afán es adornar en invierno!

El sauce no comprendía de qué hablaban, pero sí se daba cuenta de que la charla tenía que ver con la belleza, los adornos... y si de belleza se trataba, ¿quién mejor que él para intervenir en la conversación?

Carraspeó al principio con timidez, pero al ver que los abetos se encontraban demasiado ensimismados para prestarle atención, tosió con energía. El grupo de árboles se volvió hacia él al unísono, tendidas las ramas hacia atrás como muestra de asombro ante la osadía de aquel joven atrevido sauce del bosque, tan audaz como para interrumpirles. Le miraron de arriba abajo, y al percatarse de su desnudez, no pudieron por menos que soltar un bufido a modo de burla.

– ¿Qué es... un árbol del bosque? –preguntó uno conteniendo a duras penas la risa al verle tan desnudo y helado de frío.

– Sin duda, es un pobre árbol del bosque. ¡Desde luego no es un abeto! –se rió otro.

– ¡Soy un sauce! –exclamó el joven árbol muy enojado. Sentía vergüenza de sí mismo.

– Pues... No deberías entrometerte, ¡ésta es una charla de abetos! Vuelve al bosque y duerme, como deberías, ¿acaso no es eso lo que hacéis los árboles del bosque en invierno?

– No en mi caso. Yo viajo al sur –explicó el sauce con cierto orgullo por su arrojo. Era ciertamente audaz al viajar solo– Éste es mi último invierno.

– ¿El sur? ¿Qué es eso? Nosotros no sabemos nada del sur.

– El sur es... –el sauce dudó. Él tampoco sabía muy bien qué era– ¡Es un lugar! Allí, siempre hace sol, el aire es tibio como una caricia, los árboles jamás están desnudos.

– ¡Oh! Ya veo... Bueno, míranos a nosotros, nunca estamos desnudos aunque sea invierno, porque somos abetos. No necesitamos ir al sur. Es la ventaja de nacer en un invernadero... ¡o de ser abeto! –rectificó agitado– No sabría bien decir cuál de las dos es la razón...

– ¡Cállate! No tienes ni idea, si no estás desnudo es por ser un abeto, no por haber nacido en un invernadero.

– ¿Cómo has dicho? –inquirió el sauce al escuchar aquello. Un temblor recorrió la savia que corría por su tronco plateado.

– Éste petimetre es un abeto, como todos los que estamos en esta camioneta. ¡sólo por eso no se queda desnudo!

– ¿Entonces qué pasa conmigo?

Aquel abeto, algo más mayor y experimentado que el resto, le observó con detenimiento.

– ¿Qué clase de árbol has dicho que eres?

– Un sauce.

– Uhm... No sé nada de sauces, pero sí que si acostumbras quedarte desnudo cuando llega el invierno, ése es tu sino. Eres un árbol de hojas caducas, y eso no hay quien lo cambie.

– ¿Qué insinúas? ¿Estoy condenado a quedarme así cada invierno?

– Hagas lo que hagas –sentenció el abeto muy serio.

– ¿Aunque vaya al sur? –lloriqueó el sauce.

– Me temo que ir al sur no te evitará perder tus hojas. Ni el sol, ni el calor, nada impedirá que las pierdas por el camino y vuelvan a brotar en primavera. ¡Es la vida!

– Pero eso... eso... –el sauce no pudo evitar verter algunas lágrimas, por algo le llamaban el Sauce Llorón. Jamás se le hubiese ocurrido algo así. Era una noticia horrible. No podía aceptarla, de ningún modo.

– Bueno, no te preocupes, ¡a lo mejor nosotros podríamos ayudarte! –soltó de pronto un abeto jovencísimo. El abeto más adulto le propinó un ramazo– ¡Qué!?! –se quejó frotándose con sus puntiagudas púas– Sólo quería ayudar... ¡Fíjate! El pobre está sufriendo, no soporto ver sufrir a un amigo.

– Pero es un sauce, no es uno de los nuestros.

– Es un árbol, ¿no?

– Sí, y no. Además, viene del bosque, no me fío.

– ¿Y cómo pensabas ayudarlo? –preguntó otro abeto con curiosidad.

– ¡Oh! Se me ocurre que si tanto le importa estar guapo, quizás podría colarse entre nosotros para que le coloquen en alguna casa y adornen sus desnudas ramas...

– Pero ¿no ves que es absurdo eso que dices? – exclamaron algunos abetos enojados– ¡Es diferente! ¡Salta a la vista! Si le descubren en la camioneta lo expulsarán, o peor, ¡lo cortarán, o lo arrojarán al fuego!

– ¡Le esconderemos entre nosotros! –improvisó el joven abeto con una amplia sonrisa– ¡No le verán! Y se sentirá tan bien con todas esas guirnaldas...

– Si no le ven, amigo... –observó otro abeto– ¿Cómo van a colocarle en alguna casa?

– Haremos ver que es otro abeto más, ¡nadie se dará cuenta!

– Eh, amigos, dejadlo... –dijo el sauce entre sollozos desconsolados– No quiero causaros problemas...

– ¡Pero tú quieres lucir guapo! ¿No? –insistió el abeto abriendo mucho los ojos.

– ¡Soy hermoso! –saltó el sauce muy ofendido– Sólo que ahora no podéis verme como realmente soy... Si me hubieseis conocido en primavera... Todo el bosque me admira, todos sin excepción me conocen por ser el sauce más bello que jamás haya existido...

– En tal caso no sé de qué te avergüenzas. Deberías estar orgulloso.

– En primavera así es, pero ahora... Miradme, vosotros mismos os habéis reído al verme.

– Cierto. Uhm...

– Subámoslo a la camioneta y veamos qué pasa – sugirió el joven abeto, que simpatizaba enormemente con la causa del desgraciado sauce–. No pierde nada, y quizás pueda pasar el invierno en alguna casa, calentito y cargado de flamantes guirnaldas. Además, el señor Martín está medio ciego, no distingue un palo de escoba de un árbol. ¡Seguro que cogerá el sauce y lo entregará como si de una abeto se tratase!

– Puede que así sea, el señor Martín no ve tres en un burro, pero ninguna familia aceptará un árbol desnudo para adornar su casa.

– Quién sabe, pongámosle el cartel de gratis, quizás alguna familia humilde acepte quedárselo, y en cualquier caso pasará bien el invierno y no le faltarán los adornos.

– Uhm...

Los abetos empezaron a susurrar entre sí, dejando a un lado al perplejo sauce, quien veía cómo su viaje al sur se esfumaba por completo. No estaba muy conforme con la idea de pasar una temporada en casa de una familia de personas. Temía que, sin sus hojas, le confundiesen con un tronco muerto y

acabaran por hacerle pedazos y arrojarle a la chimenea. Pero ¿de qué le servía ir al sur si no iba a recuperar sus hojas?

– Está bien –concluyó la deliberación–. Sube con nosotros y veamos qué tal se resuelve todo.

– ¡Ya vuelve Martín!

Rápidamente obligaron a subir al sauce a la parte trasera del viejo vehículo. La figura renqueante de un hombre de escasa altura y espalda encorvada apareció en el recodo del camino, acompañado de un gran mastín blanco de estrepitoso jadeo. Le colocaron el mencionado cartel de “gratis” entre las ramas y encubrieron su presencia colocándose delante de él. El mastín subió de un salto y se tumbó pesadamente entre los abetos, indiferente a la presencia del aturdido sauce, que no sabía en qué iba a parar todo aquello. Por su parte, Martín subió a la camioneta y arrancó el motor. Estaba acostumbrado a trabajar sin pausa, por lo que no reparó en aquel esbelto sauce de ramas plateadas, que sin embargo destacaba entre los abetos como una linterna en la noche. Su deficiente vista le impedía en cualquier caso darse cuenta de muchas cosas.

Capítulo 2

El trayecto hasta el pueblo fue breve y agitado. La destartalada camioneta renqueaba, tosía bocanadas de humo que asfixiaban el frío aire matutino, saltaba en cada bache como si fuese a desmantelarse. Para el sauce aquél era un viaje extraño, no exento de peligro. Ya no iba al sur, según había planeado cuando saliera del bosque decidido a cambiar su destino, ahora se veía arrastrado por las circunstancias, por el azar... No sabía qué iba a ocurrir.

Desde su discreto rincón en la trasera del vehículo aún distinguía a lo lejos la sombra del bosque, aún sumido en el sueño nocturno. ¿Le echarían de menos cuando descubrieran que se había ido? ¿Se darían cuenta siquiera de que ya no estaba?

– No tengas miedo –le susurró el joven abeto como si adivinara su malestar–. ¡Verás como tu vida va a cambiar! No volverás a padecer por tu aspecto.

Pero el sauce había oído decir, desde que sólo era un brote asomado entre la turba del bosque, que los cambios son impredecibles; los más ancianos robles aseguraban que ansiar el cambio puede acarrear funestas consecuencias para un árbol, pues los

árboles son seres más bien conservadores, de pacífica existencia, nada propensos a la aventura, el arrojo o la valentía. Un árbol, según ellos, debía dejar pasar la vida a su alrededor, contemplarla desde su privilegiada posición, bien arraigado, perenne en su existencia; los cambios ocurren alrededor del árbol, éste no va a buscarlos. ¿Qué podía acontecer entonces? El sauce reprimió la ansiedad que pugnaba por dominar sus sentidos. La savia corría revolucionada por su interior, sentía su hormigueo hasta la punta de sus ramas más pequeñas. Tenía miedo.

De pronto la camioneta se detuvo. Martín paró el motor y se apeó torpemente. Estaban aparcados frente a un vivero descuidado, repleto de abetos hacinados unos contra otros, con las ramas bien atadas con cuerdas. Un cartel enorme lucía sobre ellos, anunciando la venta de árboles de Navidad a precio de saldo.

– ¿Qué es este lugar?

– ¡Es tu billete a una existencia regalada! Con suerte te comprará alguna buena familia que te cargará de hermosísimos adornos todo el invierno.

Capítulo 3

Sara se acurrucó muy mustia en el asiento del agonizante corsa de su padre. Escuchó, con los dientes apretados por el enfado, los pasos de él mientras se acercaba para abrir la puerta del conductor. Le miró de reojo, deseando que un rayo le fulminara. Le odiaba.

Vio cómo arrancaba con aquellas manazas encallecidas que tantas veces descargaban brutales bofetadas sobre su madre. Una lágrima corrió traicionera por su mejilla. A ella también solía pegarla de vez en cuando.

– ¡Vamos a por el puto árbol! –exclamó él entre dientes– ¡Celebraremos la Navidad por mis cojones! –¿Por qué siempre hablaba así? Gritaba, sus palabras eran agrias, despóticas, vociferaba, soltaba tacos, improperios... Jamás una palabra amable, ni para ella ni para su madre– Si se cree que me va a aguar la fiesta va lista...

Sara no quería celebrar la Navidad. Sabía, por experiencia, que comprar el árbol sólo significaba tener que fingir ante aquél hombre amargado para que no enfureciera. Tendría que adornarlo como si le importara algo, colgar los espumillones junto a su

madre, verla llorar furtivamente, temblorosa de temor; tendría que ver sus magulladuras... y fingir que no pasaba nada. ¿Por qué?

– Sara, ¡sonríe, joder! –le propinó un leve manotazo en la coronilla– ¡Es Navidad! No vamos a dejar que tu madre nos la arruine, ¿verdad? ¿Ya estás cambiando esa cara! ¿eh? Venga, quiero una sonrisa.

Ramiro de la Vega arrancó el coche y salió hacia el vivero del pueblo, situado a dos kilómetros, en las afueras. Sara no podía sonreír. Hizo un amago esforzado, pero simplemente no podía. La marea de resentimiento que ahogaba su alma se lo impedía. Volvió el rostro hacia la ventanilla para que su padre no se diera cuenta. Rezó para que el tiempo que tardaran en comprar el dichoso árbol pasara lo antes posible, para poder volver a casa sana y salva, sin levantar el mal genio de su padre. ¿Cómo evitarlo? ¿Qué podía ella hacer para que no se enfureciera?

– Tu madre es una zorra... –alargó la mano hacia la parte de atrás y buscó su paquete de Ducados, manoseando con dificultad en el bolsillo de su chaqueta de pana para cogerlo– Sólo sabe lloriquear, me tiene harto, ¡joder!

Dio un golpe en el volante que encogió el corazón de su hija de diez años. Luego sacó un pitillo del paquete medio vacío y lo encendió, sin molestarse en bajar la ventanilla para no intoxicar a su hija. El humo pronto inundó el pequeño habitáculo. Sara se hundió aún más en su asiento, muda de espanto.

– Más te vale no parecerte a ella, Sara, o acabarás mal. ¿Me oyes? –la observó de reojo, escupiendo humo al hablar– ¿A qué viene esa cara? No irás a llorar...

Sara no quería, pero las lágrimas brotaron repentinamente.

– Joder... ¡No irás a llorar todo el camino! ¿Para eso voy a molestarte en comprar el puto árbol? ¿Para que entre las dos me amarguéis las vacaciones? ¡Ya estás cambiando la jeta o te cruzo la cara! ¡¡Sara!!

La pequeña trató de sonreír. El miedo que sentía era superior a cualquier otra cosa. Una mueca torcida curvó sus labios.

Afortunadamente su padre pareció conformarse... por el momento.

El resto del camino lo hicieron en incómodo silencio. Sara trataba de contener el incesante batir de los latidos de su corazón, segura de que su padre podía escucharlos perfectamente. Golpeaban en su pecho con poderosa fuerza, retumbaban en sus oídos, era como si su corazón quisiera salir de su cuerpo.

El vivero apareció entonces delante de ellos, con su habitual letrero navideño anunciando los bajos precios de los abetos. Era un lugar muy abandonado, debido sobre todo a la ceguera de su dueño, el señor Martín. A este achaque de la edad había que añadir que cada año se veía obligado a vender sus árboles más y más baratos, para poder competir con las atractivas ofertas de los grandes centros comerciales. Todo ello redundaba en una cada vez más precaria situación económica, que a su vez obligaba al señor Martín a prescindir de ayuda alguna en el vivero, ayuda que necesitaba imperiosamente. Por eso la entrada estaba embarrada, los árboles habían sido amontonados al descuido, unos sobre otros, algunos se estaban secando y no había apenas clientes. El negocio del

señor Martín decaía Navidad tras Navidad. De seguir las cosas así pronto tendría que cerrar.

Ramiro detuvo el coche a la entrada y salió dando un portazo. Arrojó el pitillo a medias en el barro y lo pisoteó con saña con la punta de su bota.

– ¡Baja ya , Sara! Tú escogerás el árbol...

Sara se apeó del vehículo despacio. Si no obedecía a su padre, si no fingía un poco de entusiasmo, se llevaría una bofetada, o peor, su padre lo pagaría con su madre cuando estuvieran de vuelta en casa.

– ¡¡Martín!! ¡Eh! ¡Viejo del demonio! Sordo además de cegato... Joder...

– Ya voy, ya voy... –el anciano salió de su oficina cojeando. Entrecerró los ojos para ver quién le llamaba, pero no veía tres en un burro. Se encogió de hombros, acostumbrado a que la vista le jugara aquellas malas pasadas– ¿Quién eres?

– Joder Martín, ya no ves una mierda ¿no? ¡Soy Ramiro de la Vega! –empujó a Sara hacia él– ¡Enséñale a mi hija los abetos para que pueda comprar uno y largarme a casa a cenar!

– Oh! ¿Ésta es tu hija? ¡Cuánto ha crecido! –repuso Martín acariciando con una sonrisa la rubia cabecita de la atemorizada niña– Ven, vamos a escoger uno. El que tú quieras.

La cogió de la mano y la acompañó hacia el patio, donde un sinfín de abetos aguardaba impaciente a ser trasladado por Navidad. Sin embargo, se había corrido la voz entre los árboles de que era el señor De la Vega quien iba a comprar. De inmediato el terror se había desatado entre ellos, pues el año anterior, en un arranque de rabia, aquel hombre desalmado había arrojado al fuego al infeliz abeto que había comprado allí mismo. ¡Ninguno quería ser el elegido por un hombre tan horrible!

– ¡Daos prisa! –aulló Ramiro de mal talante.

Al aproximarse Martín con la pequeña Sara hubo un estremecimiento generalizado. El aire pareció aquietarse, incluso el viento del norte dejó de soplar, atento a los acontecimientos. Sara miró los árboles con lástima. Recordaba muy bien el triste fin del abeto del año anterior, y no deseaba que se repitiera la historia... pero no podía negarse a escoger uno.

– Vamos Sara... –susurró el amable Martín a su lado– ¿Cuál te gusta? Te haré una rebaja sobre la rebaja, para que sonrías...

– No hace falta, señor Martín...

– Oh, bueno, ya veremos, tú ve escogiendo alguno, yo voy a buscar la carretilla.

La niña miró los abetos sin saber cuál escoger. Estaba seguro de que al elegir uno, estaría sentenciando su destino. Y eran tan hermosos... Miró sus verdes ramas, cargadas de puas esponjosas, aspiró el olor que desprendían... No quería hacerlo.

– ¡Sara! No lo cojas demasiado grande, que no nos cabrá en el coche! ¡Y date prisa, no quiero tener que ir yo a escogerlo! ¿Me oyes?

La niña dudó. Paseó la vista entre los asustados abetos, sin percibir el terror que desataba en ellos.

– A mí no... A mí no... –rezaban la mayoría tratando de pasar inadvertidos.

Pero Sara tenía que escoger.

Entonces, entre el verdor apiñado en torno al patio, vio un árbol diferente. Su tronco plateado brillaba en la mañana, sus ramas colgaban desnudas, pero era hermoso a sus ojos, diferente... y parecía estar muerto, a juzgar por su falta de hojas. Sus raíces estaban al aire, yacía medio tumbado entre un grupo de abetos jóvenes. Era el sauce, que aún no comprendía el por qué del temor de sus nuevos

amigos. Para él aquella niña no parecía una amenaza. Era el único que no tenía miedo.

– Puede que a papá no le guste, pero si le da por echarlo al fuego no importará tanto, porque está seco.

El señor Martín apareció empujando su carretilla. Su enorme mastín blanco le acompañaba, la larga lengua colgando bajo los bellos babeantes.

– ¿Ya has elegido uno, Sara?

– Sí, ése de ahí...

– ¿Cuál?

Sara se acercó al sauce y puso su mano sobre el tronco gris plata, segura de su elección. Martín, con su vista miope, ni siquiera se percató de que aquél no era un abeto. Lo cierto era que no hubiese sido capaz de distinguir un árbol de una farola. Así, muy satisfecho de sí mismo por haber vendido un árbol, se acercó al sauce y empezó a cargarlo en la carretilla.

– Lo siento... –susurró el joven abeto de quien había partido la idea de llevar al sauce al vivero. Estaba horrorizado por cuanto estaba sucediendo– Oh, lo siento...

El sauce sintió algo de vértigo en aquel instante, aunque no entendía por qué lo sentía, ni el significado de las palabras del abeto, ni su expresión de espanto. Se dejó cargar, satisfecho en parte porque aquel invierno iba a experimentar cosas nuevas. Imaginó cómo sería estar adornado con guirnaldas y espumillones, lejos del frío, de la oscuridad... La imagen de sí mismo bien adornado, luciendo todo su esplendor sin estar desnudo, borró de su ánimo el temor inconsciente que amenazaba con amedrentar su primer viaje a una casa humana. Desde la carretilla echó un tímido vistazo alrededor. Los abetos contenían el aliento, mudos de horror.

Aquí y allá sólo vio caras de pesar, gestos de lástima, ojos de demudada consternación. Algunos incluso apartaron la vista.

– Oh, qué hemos hecho...

Martín anudó una férrea soga alrededor del sauce, apretando bien sus frágiles ramas en torno al tronco a fin de facilitar su transporte. Luego lo llevó hacia la entrada, donde Ramiro de la Vega aguardaba fumándose otro pitillo. Sara caminaba detrás de Martín, temerosa de la reacción de su padre cuando viese el árbol que había escogido.

– Pero, ¿qué es eso? –inquirió en efecto en cuanto puso sus ojos sobre el sauce– ¿Qué carajo es ese pedazo de madera muerta? ¡Sara...

– Quiero ese árbol, papá, por favor –se atrevió a rogar Sara.

– ¿Ocurre algo con el abeto, señor De la vega? – Martín dejó el sauce en la carretilla, a la espera de lo que decidiera hacer el padre de la pequeña– Si no le gusta siempre puede coger otro, tengo muchos todavía...

– ¿Abeto? ¡Eso no es un puto abeto! ¿Pretendes tomarme el pelo, hijo de puta?

– Bueno, bueno, no hace falta exaltarse...

– Papá, compra éste por favor... –suplicó Sara avergonzada por el comportamiento grosero y despectivo de su padre. En un arranque de coraje se acercó hasta él y le abrazó.

– Y ¿por qué carajo quieres este palo pelado? ¡No pagaré trece euros por un árbol muerto! –arrojó el pitillo sobre la nieve y lo pisó iracundo.

– Yo lo adornaré, te gustará, ya verás...

– ¿Pelado? ¿Qué ocurre, no tiene buen aspecto? Sara, niña, dime ¿es que está en mal estado? No veo bien...

– Ocorre que no es un abeto, es un árbol muerto, ¡viejo! –gruñó Ramiro. Apartó a Sara de su lado de un violento empujón– Debería buscar ayuda, viejo topo...

–Oh, vaya, ¡cuánto lo siento... –susurró temeroso Martín. Conocía bien a Ramiro, su temperamento avinagrado– Puede coger otro, el que quiera...

– ¿Has intentado engañar a mi hija? Martín, no quieras tomarme el pelo... –siseó amenazante. El mastín de Martín soltó un bufido, alerta ante la actitud agresiva de Ramiro.

– No, no... ya le digo, llévese el que quiera, se lo dejo a mitad de precio...

– ¡Eres un cerdo estafador! ¿Por qué no te retiras ya, pedazo de inútil? Te lo advierto, un día de estos vendré y pegaré fuego a tu asqueroso vivero...

– Pero señor De la Vega, no hay motivo para...

– ¡¡Cállate!!

– Papá...

– ¡¡Sara!! Sube al coche o te la vas a cargar...

– Calma, calma... –rogó Martín en tono conciliador– Verá, señor De la Vega, para compensarle, se lo dejo gratis. Lléveselo, o escoja cualquier otro abeto, se lo regalo... y que tenga felices fiestas, ¿le parece?

Martín le observó entrecerrados los ojos.

– ¡Es lo justo...

Ramiro arrancó el sorprendido sauce de la carretilla y lo cargó en la parte de atrás del coche sin miramientos. Después de todo, tanto le daba llevarse aquella rama sin hojas que una escoba. Sara y Maribel lo adornarían, y eso las mantendría entretenidas durante un buen rato. Era todo lo que necesitaba, que le dejaran en paz.

– Sube al coche, ¡Sara! No volveré a repetirlo...

La pequeña se coló dentro sin protestar, satisfecha en parte de haber logrado llevarse a casa un árbol muerto, en vez de un pobre abeto vivo. Recordaba con gran dolor el triste fin del último abeto que había adornado su casa el año anterior. Ramiro subió al coche y arrancó bruscamente.

– Cuando lleguemos a casa me explicarás a qué ha venido todo esto, Sara... ve pensando qué decir porque hoy ya no tengo paciencia contigo.

Sara calló. No se atrevía ni a parpadear.

En la parte de atrás del coche, tendido entre papeles, latas y algunas cajas llenas de humedad, el sauce no daba crédito a lo que estaba viviendo. Empezaba a comprender las últimas palabras del joven abeto cuando afirmaba que lo sentía... ¿A qué clase de familia había ido a parar? ¡Aquel hombre era un ser odioso! El joven sauce temblaba, sacudido por la certeza de que había cometido un error. Había abandonado su adorado plan de viajar al sur, la tierra del sol, del eterno verano, engañado por las palabras de un abeto inexperto al que no conocía... Estaba cada vez más convencido de que iba a lamentar el error.

Capítulo 4

Su primera noche en la casa de la familia De la Vega fue la más larga de su corta vida. Aquél no era un verdadero hogar, no se celebraba nada, no había felicidad. La Navidad desde luego, no había entrado allí, y si lo había hecho tenía que haber huido de inmediato, ante la enorme desdicha que acongojaba a la esposa de Ramiro, Maribel, y su pequeña hija, Sara.

El sauce, que jamás había oído de crueldad tan grande, fue colocado de mala manera en un gran tiesto con tierra, enterradas sus raíces en él, y arrastrado hasta una ventana, para que le diera la escasa luz que entraba por ella. Por supuesto le quitaron la cuerda que sujetaba dolorosamente sus delicadas ramas. Después todo fue de mal en peor. En vez de canciones había gritos, en vez de risa, llanto, en vez de alegría, reproche, rencor, rabia, dolor...

Maribel rondaba por la casa como un fantasma; casi todo el tiempo temerosa de que regresara su marido, pendiente de cada gesto suyo, de si estaba enfadado, cuidadosa en extremo para no cometer algún error que soliviantara su mal genio, insegura de dar un

traspiés que lo estropeará todo, como ocurría siempre. Porque para Ramiro cualquier excusa era buena, estaba lleno de ira.

Ante los asustados ojos del sauce se desarrollaban escenas dantescas que dañaban su espíritu. Ansiaba abandonar aquella casa, alejarse y emprender de nuevo su viaje hacia el sur. Sin embargo tenía las raíces aprisionadas en aquel tiesto... y estaba Sara. La dulce y soñadora Sara.

Por alguna razón se sentía inclinado a quedarse, por ella. Cada noche la pequeña se sentaba bajo sus ramas, aún desnudas, rodeaba sus flacas rodillas con los brazos y enterraba el rostro en el hueco que quedaba. Como si esperara algo nuevo... Parecía aguardar un milagro.

— ¿A qué esperas para largarte?

Aquella vocecilla sacudió su tronco una madrugada, cuando la casa dormía en silencio tras una amarga discusión entre Ramiro y Maribel, durante la cena. Ramiro, borracho y malencarado, había golpeado con la mano abierta a su mujer. El motivo: no le había gustado la cena que ella había estado preparando toda la tarde con gran esmero...

El sauce se desperezó, atento, por si volvía a oír la voz.

— ¡Déjale! —aquella era otra voz distinta a la que había escuchado en primer lugar— ¿No ves que no se atreve ni a respirar? Ramiro le tiene abotargado, y no me extraña... De todos modos los sauces nunca han sido muy valientes, que se sepa.

— ¿Quién habla? —susurró el sauce escudriñando alrededor, entre las sombras.

— Aquí, ¡árbol tonto! En tus ramas más altas...

Entonces el sauce percibió, sentados en una de sus ramas, a dos duendecillos traviesos de ojos pícaros.

– No irás a quedarte aquí, ¿verdad? –dijo uno. Eran tan pequeños como una alubia, por eso no los había notado.

– ¿Qué otra cosa puedo hacer? Mirad mis raíces, están demasiado prietas en este tiesto... Apenas puedo moverlas...

– Ni siquiera lo has intentado, eres un cobarde, y aún te diré otra cosa, si te quedas, acabarás en la chimenea, ¿verdad Rimbudëth? –preguntó el más avisado de los dos, cuya larga barba rizada lucía blanca como la nieve.

– ¡Cierto, Kobalim! Como el pobre abeto del año pasado... Y ése sí era un árbol decidido, ¡casi lo consiguió!

– No soy cobarde, ¡pero no puedo moverme! –el sauce agitó inútilmente sus raíces bajo la tierra. Estaba tan apelmazada que apenas las sentía.

– Si quieres irte, nosotros podríamos ayudarte – propuso Rimbudëth con energía– Socavaremos la tierra alrededor de tus raíces para que puedas salir de tu encierro y regresar al bosque, de donde por cierto, ¡jamás debiste salir!

– Sí, ¿por qué has dejado el bosque? ¿No sabes que los hombres son peligrosos? ¿Y cómo un sauce como tú ha acabado haciendo el papel de abeto?

– Bueno, fue una confusión... –el sauce estaba avergonzado– Un amigo me aconsejó hacerme pasar por abeto...

– No comprendo –dijo Kobalim– Qué tontería...

– No comprendo –dijo Rimbudëth– Qué estupidez tan estúpida...

– Oh, en realidad yo me dirigía al sur, donde siempre luce el sol, donde la primavera es eterna y los árboles nunca están desnudos... me lo dijo el viento de verano, ¿sabéis? –explicó el sauce– Había emprendido la marcha cuando me topé con un

grupo de abetos, y entonces uno de ellos me dijo que si pasaba el invierno con los hombres luciría mucho más hermoso de lo que jamás haya soñado...

– ¿Más hermoso, dices?

– ¿Más hermoso... –los duendecillos no comprendían nada. Para ellos a apariencia carecía de importancia, lo cual resultaba evidente, a juzgar por su aspecto descuidado– ¿Así que se trata de estar más guapo?

– Se trata de que no soporto estar desnudo todo el invierno.

Los duendecillos estallaron en sonoras carcajadas. Se reían tanto, y tan alto, que el sauce Empezó a temer que despertaran a Ramiro.

– Schhhhhhh... ¡Despertaréis a toda la casa! ¿Qué os hace tanta gracia?

– ¡Qué cosa tan tonta! –exclamó Eimbudëth– ¿Qué más da estar desnudo? ¡Es natural en un árbol como tú! En invierno debes hibernar, las hojas se te caen, como a todos los demás... ¡y en primavera vuelven a brotar! Ésa es una sensación que los presuntuosos árboles del sur jamás experimentarán, ¿no te das cuenta de que eres un privilegiado?

– ¿Privilegiado? Vosotros no sabéis lo que es para mí perder mi hermosa mata de hojas, una por una, ver cómo se desprenden y marchitan, cómo mis largas y bellas ramas se quedan desnudas, privadas de su belleza... ¿Por qué he de sufrir así? En el bosque todos me admiran, soy el más hermoso sauce que jamás haya crecido en un bosque... ¡salvo en invierno!

– Eres un presumido... ya veo.

– Y además no has conseguido tu objetivo, a lo que veo. Tus ramas siguen tan desnudas como antes, y encima estás atrapado.

– Espero a que me adornen. Cuando cuelguen de mis ramas guirnaldas, espumillones, bolas nacaradas, oro, rojo bermellón, estrellas...

– Pero... –le interrumpió Kobalim– ¿¿¿No te das cuenta de que eso no sucederá en esta casa???

– ¡Ramiro no lo permitirá! ¡Nunca lo hace! ¡Compra el árbol para celebrar la Navidad, pero luego nunca la celebra, y siempre acaba quemando el árbol! Ese hombre, es un monstruo, y su corazón es una nuez petrificada... ¡Si te quedas –concluyó Rimbudëth con determinación–, te cortará en pedacitos, y alimentará el fuego con ellos!

– ¡Oh, oh... –el sauce se echó a llorar, amedrentado por las palabras de los duendes, quienes sin embargo no deseaban hacerle mal alguno, sino todo lo contrario. Pues los duendes aman los árboles por encima de todo.

– No se hable más, cavaremos en el tiesto, y mañana podrás huir.

– Y regresar al bosque, que es tu hogar –afirmó Kobalim muy serio–. Porque en el sur, amigo mío, te secarás como una cerilla, y no dejarán de caerse tus hojas. Enfermarás y morirás. Eres un sauce –continuó suavizando el tono–, y tu sitio está aquí, en tu bosque.

– Un abeto me dijo lo mismo... –sollozó el sauce– Que soy un árbol de hoja caduca, y que mi destino es estar desnudo cada invierno...

– ¡Pues era un sabio abeto!

– ¿Entonces jamás dejaré de estar desnudo en invierno?

– Schhhh... –saltó Kobalim de repente– Alguien viene... Escondámonos, Rimbudëth, no vayan a descubrirnos...

Los dos duendes desaparecieron como por arte de magia, dejando al compungido sauce a solas en aquella tenebrosa sala oscura.

En efecto, unos pasos quedos sonaron en el pasillo. Al poco, la figura frágil de la pequeña Sara apareció en el umbral de la entrada. Parecía triste y abandonada. Suspiró entrecortadamente, como si la pena que sentía en el corazón ahogase sus pulmones. La niña entró, ignorante de la atenta mirada del sauce, que no perdía detalle de sus movimientos. Tal y como solía hacer a veces, se sentó bajo sus largas ramas colgantes, cuya distribución hacía que semejaran un paraguas protector. Allí se sentía protegida. Sara suspiró de nuevo, esta vez más profundamente, y al hacerlo, el sauce suspiró a su vez, aún lloroso por su destino.

– ¿Quién hay? –Sara levantó la rubia cabeza, con los ojos muy abiertos. Sorprendentemente había escuchado el suspiro del sauce, quien al percatarse de tan peculiar acontecimiento, contuvo el aliento algo aturdido– ¿Quién ha suspirado... –susurró en voz tan baja que el árbol apenas pudo oírla– No tengas miedo...

Sara se puso a cuatro patas y empezó a rebuscar en torno al tronco plateado. No sabía que era el árbol quien había suspirado, e ignoraba que le hacía cosquillas al apoyarse en él. El sauce luchaba con todas sus fuerzas por no echarse a reír.

– Vaya... –se rindió al fin la pequeña. Se la veía muy desanimada, porque estaba segura de haber sentido suspirar a alguien muy cerca.

Entonces un aire resuelto iluminó su rostro. Sara extrajo de debajo de su camisón una pequeña pala de jardinero, miró a un lado y a otro de la sala, escuchó atentamente por si su padre se levantaba, y

sólo entonces, cuando estuvo segura de estar sola, empezó a cavar en torno a las raíces del sauce.

– ¿Qué hace... –susurró Kobalim desde su escondrijo en un recoveco de la pared, bajo la ventana.

– Está cavando, ¿no lo ves? –repuso Rimbudëth propinándole un codazo.

– Sí... pero ¿por qué? A lo mejor quiere llevarse el sauce...?

– ¿Por qué no hablas más alto? Te va a oír... –gruñó Rimbudëth– Schhhhhhh...

Sara le oyó, desde luego. Y de inmediato detuvo su afanosa tarea. Había liberado la mayor parte de las raíces del árbol, quien sentía ya que la savia circulaba con mayor libertad por todo su tronco. Podía incluso moverse, cosa que le llenaba de una alegría inconmensurable. Ignoraba el motivo que impulsaba a aquella adorable niña a liberarle de la tierra, pero tampoco le importaba demasiado. Lo único importante era que pronto sería libre para escapar de la casa, de Ramiro... de su destino: el fuego.

– Ya está bien... –susurró Sara, eso sí, sin levantar en exceso la voz, para no interrumpir el ligero sueño de su padre– Os he oído! Primero habéis suspirado, y ahora estáis hablando... ¿Dónde estáis? Salid, para que pueda veros...

Los duendecillos desde luego no obedecieron. Tenían como norma sagrada no presentarse jamás ante los hombres, fueren cuales fuesen las circunstancias. El sauce en cambio, no tenía ninguna norma al respecto. Durante su breve estancia en la casa había desarrollado un inusitado afecto por la chiquilla, estaba convencido de que ella intentaba liberarle. Por eso estaba agradecido.

– Yo he suspirado, pero prometo que no he abierto la boca... –soltó al fin, agitando levemente sus ramas más bajas para sacudirse la tierra que ella le había echado encima al cavar.

– ¿Qué...

Sara se cayó de culo. Miró hacia arriba, sin acabar de comprender que había sido el árbol quien había hablado. El sauce, alborotado, sacudió de nuevo las ramas y se inclinó hacia ella muy suavemente. Sólo en ese instante, cuando le tuvo tan cerca que rozaba su tronco con la nariz, Sara vio sus ojos, notó su aliento con olor a resina, y en consecuencia, dedujo que era un árbol parlanchín. Jamás había visto nada parecido, por eso no supo reaccionar, actitud de cualquier modo muy natural.

– No debes tenerme miedo, no voy a hacerte daño...

Sara tragó saliva, algo asustada. Al principio le observó con desconfianza, pero al poco se dio cuenta de que la expresión de aquel árbol era absolutamente benévola, y al fin resolvió que aun cuando estuviese soñando, merecía la pena arriesgarse. Se dejó llevar por la magia del momento, encantada de que algo extraordinario sucediese en su tormentosa vida. Extendió una mano para rozar la lisa corteza plateada del sauce.

– ¡No dejes que lo haga! –Rimbudëth salió de su escondite y saltó sobre una de las ramas del árbol, escandalizado de que una niña fuese a hablar con él.

– ¿Qué haces? ¡Rimbudëth! ¡Te vas a descubrir!

Kobalim salió impetuosamente detrás de su amigo, con tan mala fortuna que tropezó con él y ambos rodaron hasta caer a los pies de Sara. Ésta enmudeció de asombro, eran tan diminutos que apenas lograba verlos en la oscuridad reinante, pero estaba segura de que sus ojos no la engañaban. Allí,

en el suelo, había dos graciosos duendecillos de larga barba y piel verde, del tamaño de una alubia.

– ¡Duendecillos! –exclamó con los ojos muy abiertos.

– ¡No! No somos duendecillos, vamos Kobalim...

– Esperad, no os vayáis, no os haré daño, lo prometo.

– Tú puede que no, pero tu endemoniado padre nos machacará en cuanto se despierte a causa del alboroto que estás armando, ¡niña!

– Déjala tranquila, Rimbudëth –intervino el sauce con tono protector–. No está armando ningún alboroto, sólo intentaba liberarme, ¿no es cierto, Sara?

– ¿Sabes mi nombre? –la expresión de la niña se iluminó de felicidad.

– Desde luego que lo sé... He tenido mucho tiempo para ver todo lo que ocurre en esta casa –el sauce la miró muy serio.

– Mi vida no va muy bien... ¿Verdad?

– Oye –carraspeó Kobalim–, siento interrumpiros, pero... ¿ahora que estás libre, puedes sacar tus raíces de ese tiesto y marcharte? –sugirió levantando las manos con una expresión un tanto sarcástica– ...antes de que el energúmeno se levante y te haga trocitos?... Aún es de noche, incluso tú podrás llegar al bosque antes de que nadie se de cuenta...

– Pero él preguntará por el árbol –dijo Sara, segura de lo que ocurriría si su padre bajaba por la mañana y veía el tiesto vacío.

– Le echará la culpa a ella –la apoyó el sauce.

– ¿Y para qué entonces, le has soltado las raíces – quiso saber Rimbudëth–, si no pensabas dejarle marchar?

– No lo sé... No lo tenía planeado. Quería llevarle lejos, para que mi padre no lo eche al fuego, como hizo con el abeto del año pasado...

– De eso ya nos encargamos nosotros, tú vete a la cama, será lo mejor. ¡Y olvida que nos has visto!

– ¿Cómo voy a olvidarme de dos duendes y un árbol que habla?

– ¿Nunca has visto a los duendes? –inquirió el sauce asombrado.

– Tampoco he oído a un árbol hablar...

– ¡Claro que no ha visto un duende! –rughió malhumorado Rimbudëth– ¿Eres tan tonto que no sabes que los hombres no son capaces de vernos?

– Pero ella nos ha visto...

– ¡Porque aún es una niña! –explicó Rimbudëth con aire impaciente– Los niños conservan su inocencia, la fantasía, la imaginación, y están más predispuestos a ver... ¿comprendes? Por eso debemos ser especialmente cuidadosos con ellos, porque si no...

– Oh, oh... Creo que le hemos despertado... – Kobalim saltó detrás de Rimbudëth, temblando de miedo.

Una tos sonó en el piso de arriba. Al instante los dos duendecillos se escabulleron detrás del sauce, y éste enmudeció, petrificado por el terror.

– Escóndete Sara... –siseó Kobalim desde donde estaba.

La pequeña no lograba moverse. Miraba hacia arriba, atenta al menor movimiento de su padre. Pronto le oyó levantarse, carraspear y gruñir. Sus pasos resonaron sobre las viejas tablas del segundo piso. Se disponía a bajar, sin duda.

– Escóndete!!! –Kobalim le arrojó una piedrecilla, pero era tan pequeña que ella no la notó cuando le dio en la espalda.

– Sara, escóndete detrás de la cortina... –el sauce la empujó levemente con una de sus ramas.

Cuando Ramiro asomó al pie de la escalera, ella ya había desaparecido tras el pesado cortinaje que cubría la única ventana de la sala. Hubo un silencio sepulcral. La luna entraba a raudales a través de los cristales immaculados de aquella ventana, no en vano Maribel se esforzaba en mantenerlo todo perfectamente limpio. Ramiro extendió la mano y encendió la luz.

– ¿Quién anda ahí... –murmuró más para sí que en voz alta. Llevaba una porra en la mano– Te he oído... Como te coja vas a ver lo que es bueno...

Sara se encogió sobre sí misma, temerosa de que la encontrara oculta tras la cortina. Si su padre se molestaba en buscar un poco, no tardaría en descubrirla.

– No te muevas, Sara... –Kobalim se había sentado en su hombro derecho y susurraba en su oído.

– Haz lo que te digamos, no te encontrará – Rimbudëth apareció en su hombro izquierdo.

Los dos duendes, uno a cada lado, se proponían intervenir para que Ramiro no encontrara a su hija.

– Cierra los ojos y no los abras pase lo que pase...

Sara obedeció. Cerró tan fuerte los ojos que parecían dos delgadas líneas bajo sus cejas rubias. Estaba aterrorizada, y por alguna razón pensaba que si los duendes existían, quizás también tenían poder para hacerla invisible. A no ser que estuviese soñando, en cuyo caso su padre le propinaría una buena paliza. Al pensar en ello se echó a temblar.

El sauce mientras tanto observaba a Ramiro sin pestañear. Rogaba para que no se diese cuenta de que tenía las raíces al aire. También para que no encontrara a Sara. Sabía muy bien lo que ocurriría si aquel monstruo daba con la niña.

Ramiro gruñó por lo bajo, convencido de haber oído ruido allí. Con precaución en sus movimientos empezó a rebuscar por la sala. Miró tras el sofá, debajo de la mesa del comedor, entre las sillas, en los rincones, dentro de los armarios... Hasta que reparó en el rincón donde el sauce aguardaba muy erguido, aún plantado en su tiesto. La luna derramaba sobre él una luz fantasmal, arrancando destellos plateados de su esbelto tronco. Su estampa era hermosa con aquella luz nocturna; las ramas destacaban espléndidas, su figura era armoniosa... y él no se daba cuenta de su belleza, incluso estando desnudo.

– No serás tan bonito cuando te arroje al fuego en Noche Buena... –amenazó Ramiro mirándolo lleno de rabia.

El sauce tragó saliva, seguro de que Ramiro cumpliría su amenaza. Ahora crecía en él la necesidad de huir de allí. Añoraba la tranquilidad del bosque, ansiaba poder hibernar hasta la primavera, volver a ver a sus amigos, los robles, los avellanos, acebos, hayas... ¿Por qué su vanidad le había llevado tan lejos? Se prometió a sí mismo no volver a ser tan necio si lograba salir de aquél apuro.

Ramiro había llegado hasta la ventana. Se detuvo un instante, dubitativo. Entonces reparó en la tierra caída en el suelo, y en seguida se percató de que el tiesto del sauce estaba medio vacío.

– ¿Qué demonios...

Se agachó para mirar por debajo de las ramas.

– Putas comadreas...

Soltó la porra y empezó a recoger la tierra para volver a echarla en el tiesto. El sauce notaba como sus raíces volvían a quedar prisioneras bajo la tierra que aquel hombre sin corazón aplastaba con fuerza.

– No te moverás de aquí hasta mañana, árbol-cerilla...

Ramiro terminó de arreglar lo que su hija había deshecho, convencido de que algún animal se había colado en la casa para escarbar en el tiesto.

– Como te coja por aquí irás ala cazuela...

Se irguió para seguir buscando. Entonces, de forma inesperada, abrió la cortina tras la que se ocultaba Sara. Ésta mantenía cerrados los ojos; sudaba por el terror que dominaba su espíritu. Encerrada en sí misma, podía sentir con claridad el frío que emanaba del corazón de su padre. Llegaba hasta ella como un vapor gélido, malsano... que agarrotaba su espíritu. No obstante se mantuvo firme, los ojos bien cerrados.

– Maldita sea... No habrá sido ese puto mastín... – Ramiro no había visto a Sara. Se le acababa de ocurrir que quizás el perro del señor Martín se había colado en la casa para escarbar, cosa que le gustaba mucho hacer. No era la primera vez que el animal se escapaba del vivero y se lo encontraba hurgando entre la basura o removiendo la tierra del jardín– Como agarre a ese asqueroso chucho me lo cargo... Martín, Martín... te la estás jugando.

Ramiro dejó la cortina. Allí no había nada. Lleno de rabia giró sobre sí mismo y descargó un brutal golpe sobre la repisa de la chimenea, rompiendo y arrojando al suelo cuanto había sobre ella. Su ira era tan grande que necesitaba exteriorizarla como fuese. Como no había encontrado al intruso, arrampló con adornos y figuras. A continuación arrojó la porra contra el sauce, con tal fuerza que le partió una de sus ramas más altas.

– Mañana te haré pedazos –le señaló furioso–. Y te haré una visita, Martín...

Ramiro abandonó la sala sin decir nada más.

Capítulo 5

En el vivero había un gran revuelo. Desde que Ramiro de la Vega se llevara al pobre sauce a su casa, los abetos no habían parado de discutir entre ellos, incapaces de soportar la idea de haber arrojado a un pobre árbol, que además no era un abeto, a las garras de semejante individuo. Era tal la agitación que les dominaba, que incluso Martín se daba cuenta de que algo anormal les sucedía a sus árboles. Su gran perro ladraba por las noches, bufaba y se revolvía, trataba de liberarse de las cadenas que le sujetaban para impedir que se escurriera a husmear en las casas del pueblo, en especial la de Ramiro de la Vega. El animal sabía que los abetos tramaban algo, y trataba de avisar a su dueño. Pero las cadenas que lo sujetaban eran demasiado fuertes, ni siquiera un perro poderoso como él podía romperlas. Martín empezaba a estar harto de tanto barullo. Su perro, que se llamaba Black a pesar de tener un manto de pelo blanco como la nieve, no le dejaba dormir, y en el patio flotaba un algo indefinido que enturbiaba su ánimo. Algo que provenía de los abetos. A veces le parecía oír susurros, incluso estaba seguro de que eran los

árboles quienes murmuraban entre sí, como si estuvieran confabulándose, como si rumiaran alguna estratagema. Se le antojaban una banda de conspiradores y empezaba a tenerles miedo. Durante el día, cuando se ocupaba de ellos, creía que le observaban, y a tal punto había llegado su certeza de que así era, que dejó de realizar sus tareas.

Los abetos, satisfechos de que ya no se acercara por el patio, se dedicaron a continuar con su discusión: la suerte del sauce.

– ¡La culpa es tuya! –exclamó un abeto– ¡Tú le subiste a la camioneta con la absurda idea de que pasara la Navidad en una casa! ¡¡Mira en qué ha parado tu arrogancia, tu inventiva, tu genialidad!!

– ¡Yo no quería que eso ocurriera! –protestó el joven abeto, que se sentía terriblemente culpable– Mi idea era buena, mi intención más aún...

– ¡Eso ya no importa! –chilló otro– El sauce probablemente ya estará muerto, y si no lo está, pronto será pasto de las llamas... Nada podemos hacer por él...

– ¿No tendríamos que acudir en su ayuda?

– ¿Vas a arriesgarte a abandonar la seguridad de este vivero para ir a buscar a un árbol salvaje y vanidoso a la casa del psicópata?

– Es verdad, la culpa en cierto modo es suya también. Era un presumido.

– Pero podríamos ayudarlo... –protestó el abeto con su acento juvenil– Si él ha sido capaz de abandonar el bosque para ir al sur, nosotros bien podemos salir del vivero, salvarle, y regresar antes de que Martín se de cuenta... Si no vamos todos, ni siquiera se dará cuenta de que faltamos algunos...

– ¡Otra idea descabellada! ¿No te basta con haber causado la muerte de un árbol que quieres causar la

de todos nosotros? ¿No te das cuenta de que el psicópata quemará el vivero si nos descubre? ¡Arderemos todos!

Así discutieron durante horas, sin llegar a ponerse de acuerdo. Y así también, entre nervios y desvelos, transcurrieron los días con sus noches. Llegó una mañana en que Ramiro de la Vega apareció hecho un basilisco, furioso porque creía que Black, el perro de Martín, había hurgado en su casa la noche anterior, escarbando en la tierra de su árbol de Navidad, rabioso porque el señor Martín había dejado suelto al perro a pesar de sus advertencias. Llegó para encararse con Martín y hacerle pagar por su desfachatez, su descuido... su negligencia con el animal.

– ¡¡¡Martín!!! –rugió con voz de trueno que sobrecogió a cada abeto del patio. Black asomó su enorme cabeza por la puerta de su caseta y empezó a ladrar. Su instinto le prevenía acerca de las intenciones de aquel hombre– ¡¡¡Martín!!! ¡¡¡Sal, viejo del demonio!!! ¡¡¡Te advertí que ataras al perro, viejo topo!!!

El pobre anciano se encontraba en ese instante desayunando en su oficina tras una noche de vigilia. Ni Black ni los árboles le habían dejado pegar ojo, por lo que bostezaba de sueño con una taza de café humeante en la mano.

– ¡¡¡Martín!!! ¡¡¡Viejo topo!!! ¡¡¡Sal para que pueda verte!!! –oyó que gritaba Ramiro de la Vega afuera, en el patio. Lentamente se asomó a la ventana, sorprendido de que estuviese allí, tan enfurecido a causa del mastín, que sin duda había pasado la noche en su caseta, pues no le había dejado dormir con sus ladridos. Entrecerró los ojos para ver mejor, pero Ramiro era sólo una mancha borrosa– ¡¡¡Sal ya, condenado viejo!!!

Black tiraba de su cadena, ladraba, babeaba, gruñía enseñando su mejor sonrisa, pero ni sus enormes colmillos ni la evidencia de que estaba atado influían en la actitud de Ramiro, cuyo único afán era descargar su furia sobre alguien... Martín era un aciano indefenso, la víctima perfecta para desplegar todo su odio, tuviera o no razón. Miró al perro de reojo. Una vocecilla en su mente le decía que estaba Black estaba bien atado, que probablemente no era el intruso de la noche anterior, que cometía un error culpándole a él... Pero Ramiro hizo caso omiso, poco le importaba tener o no la razón. Apretó su porra con fuerza, hasta que los nudillos de los dedos de su mano derecha blanquearon por la falta de circulación.

En ese momento apareció el viejo Martín en la puerta de la oficina. Se abrigaba con una bata vieja, estaba desaliñado y se movía con torpeza debido a su avanzada edad y a la miopía que padecía. Black, alertado por el peligro que amenazaba a su dueño, trató de saltar para protegerle, pero la cadena no se lo permitió; una sacudida tiró de él hacia atrás cuando se tensó en toda su longitud. Ramiro se sonrió al escuchar el gañido lastimero con que el animal se quejó por el tirón en su cuello.

– ¿Qué ocurre señor De la Vega? Es muy temprano para...

– ¿No te dije que ataras al perro? –le cortó Ramiro acercándose con la peligrosa porra en su mano–
– ¿No te dije que si volvía a verlo en mi propiedad me las pagarías?

– Pero si Black está atado, señor... –argumentó Martín seguro de lo que decía– El señor Ochoa lo ató por mí, y estoy seguro de que no se ha podido escapar, porque lleva toda la noche ladrando...

– ¡¡¡Cállate!!! ¡¡¡Ese condenado perro ha estado hurgando en mi casa esta madrugada!!! –Black ladraba furioso, gruñía tironeaba de la férrea cadena, incapaz de hacer nada por Martín–
¡¡¡Cállate!!!

Ramiro se volvió hacia él y le golpeó con la porra en el morro. Fue tan brutal el ataque que el pobre perro cayó al suelo sangrando. El dolor sacudió su cerebro, atravesó su cráneo y aturdió sus sentidos por unos instantes. Black trató de levantarse, pero un mareo extremo le hizo perder el equilibrio. No se sostenía sobre sus patas.

– Pero ¿por qué ha hecho eso? –se quejó Martín temeroso de la reacción de aquel energúmeno desalmado– Black no ha hecho nada esta vez... No tiene usted derecho a...

– ¿No? Yo creo que sí... ya lo vas a ver...

Capítulo 6

–Mamá, ayúdame a sacar el árbol de casa –rogó Sara en cuanto vio que su padre subía a la camioneta para coger la carretera hacia el vivero del señor Martín.

– ¿A dónde ha ido tu padre? –preguntó Maribel recelosa por la repentina marcha de su marido. Se acababa de levantar, alarmada por el ruido que Ramiro había hecho antes de irse.

– Creo que al vivero del señor Martín.

– ¿Por qué?

– Cree que Black ha estado aquí por la noche, pero no es cierto... –explicó la pequeña, segura de lo que decía.

– ¿Black? ¿Y cómo sabes tú eso, cariño? –Maribel se arrodilló junto a su hija, sujetándola por los brazos con delicadeza.

– Porque lo vi todo, sé que Black no ha sido.

– ¿Y qué se supone que ha hecho el perro de Martín?

– Escarbar en el tiesto del árbol de Navidad... –Sara decía la verdad, aunque no toda. No pensaba revelarle a su madre su experiencia con los duendes, que lo escuchaban todo desde un lugar seguro, y

mucho menos pensaba decirle que el árbol podía hablar. ¡Su madre jamás la creería! Señaló hacia el tiesto— Papá encontró la tierra fuera del tiesto, porque anoche yo quise sacar el árbol de casa, pero me escondí y ahora él cree que ha sido Black.

Maribel guardó silencio durante mucho rato. Tanto que Sara empezó a sentirse terriblemente culpable. Era consciente de que probablemente había provocado un grave problema al señor Martín.

— ¿Por qué has hecho eso? ¿No conoces a tu padre?

—Maribel estaba muy agitada. Le temblaba todo el cuerpo, sufría por el señor Martín, sufría por lo que vendría después, cuando Ramiro regresara a casa...— ¿No sabes de lo que es capaz?

— Papá iba a quemar el árbol y yo no quería que lo hiciera...

— Pero cielo... Ahora papá lo pagará con nosotras...

¿Qué importancia tiene que quemes un árbol que además está muerto?

— Oh, ¡no está muerto! ¡Sólo está dormido! Lo que ocurre es que no es un abeto, se le caen las hojas en invierno y parece muerto, pero no es así...

— Oh cariño...

Maribel abrazó a su hija. Estaba harta de tener miedo, estaba harta de sufrir los golpes, los insultos de Ramiro, de vivir aquella pesadilla. Era Noche Buena, pero no en aquella casa. ¿Hasta cuándo podría aguantarlo?

— ¿Me ayudarás a sacar el árbol de casa, mamá?

Los duendes cruzaron los dedos, atentos a la respuesta de Maribel.

— Vamos Kobalim, súbete a las ramas —siseó Rimbudëth muy suave.

El sauce escuchaba todo con igual concentración, poco seguro de que aquella mujer se mostrara dispuesta a ayudarlo. Dejó que los duendes se

encaramaran a una de sus ramas, contento de que no le abandonaran en momentos tan críticos. En realidad temía por su futuro.

– Di mamá, ¿me ayudarás a sacarlo de aquí? Papá...

–rogaba Sara sin dejar de estudiar la expresión de su madre.

– Haremos algo mejor.

Algo en el interior de Maribel se había liberado. Se levantó muy decidida y con la entusiasmada ayuda de Sara cogió el árbol para sacarlo a la calle. La pequeña intuía que algo grande estaba a punto de ocurrir en su vida. Miraba ahora a su madre con renovado amor. Confiaba en ella más que nunca, porque desprendía una fuerza misteriosa que jamás antes había visto. El eterno temor de Maribel se estaba transformando en otra cosa...

– Diremos al señor Martín que pase a recogerlo, ¿de acuerdo? De momento vamos a llevarlo al jardín del señor Calatrava para que tu padre no lo vea si regresa.

– Gracias mamá –sonrió Sara muy contenta.

Rimbudëth y Kobalim no cabían en sí de gozo. Se alegraban de haberse encaramado en lo más alto del sauce ahora que lo sacaban de la casa. El árbol por su parte se dejó llevar, entusiasmado por el insospechado curso de los acontecimientos. Aún le dolía en el punto donde Ramiro le había partido una rama, pero ya no le daba tanta importancia.

Maribel y Sara salieron al exterior, caminaron por un sendero de gravilla cubierto por la nieve y al llegar junto al jardín de Calatrava depositaron el sauce con mucho cuidado sobre el césped, procurando que no se viera desde la casa. Maribel sabía que Calatrava no diría nada. Su discreción le daría tiempo para lo que pensaba hacer.

– Ven, cariño –cogió con ternura la mano de Sara–. Vamos a terminar de una vez por todas con todo esto.

– ¿Qué vas a hacer, mamá?

– Lo que tenía que haber hecho desde el principio.

En el vivero de Martín las cosas se estaban complicando mucho. El anciano no sabía qué hacer ante los insultos e improperios de Ramiro de la Vega, que no dejaba de amenazarle con la porra. Arrinconado contra la puerta de su oficina observaba horrorizado cómo aquél desalmado, harto de gritar, pasaba a la acción.

– Ahora verás, viejo...

Ramiro se fue hasta su coche, abrió el maletero y sacó un bidón de gasolina.

– Te advertí que tuvieras cuidado, nadie podrá culparme por lo que voy a hacer. La culpa es sólo tuya...

Un brillo enfermizo refulgía en su mirada siniestra.

– No, por favor, se lo ruego, Ramiro, el vivero es todo lo que tengo...

Martín no veía bien qué llevaba Ramiro en las manos, pero olía perfectamente la gasolina. Dedujo sin esfuerzo que el señor De la Vega pretendía prender fuego al vivero.

– Haberlo pensado antes... –Ramiro soltó una risotada espantosa. Parecía un demonio, como si una poderosa fuerza oscura hubiese devorado su alma y dominase cada uno de sus actos.

– Noooo...

Martín cayó de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos. Black no cesaba de ladrar, saltaba furibundo e impotente a causa de la cadena que le sujetaba con fuerza, sin poder defender el vivero. Ramiro pasó por delante de él sin mirarle, entró en

el patio donde Martín guardaba los abetos y se preparó para rociarlos con la gasolina.

– ¿Qué va a hacer? –susurró uno horrorizado.

– Nos va a achicharrar...

– No es posible, ¿dónde está ese condenado chucho cuando le necesitamos?

– Está atado, estúpido abeto...

– Oh no,no... No quiero morir... ¿Qué hace? ¿Por qué...

Ramiro se detuvo frente a la primera hilera de abetos, sin percibir el murmullo de sus voces temerosas, ni el frágil temblor de sus ramas. No podía oírles porque era un hombre adulto, y menos aún porque su alma era un pozo negro de maldad. En su mente y en su corazón, sólo ardía un clamor, el de la venganza.

– ¡¡Ramiro!!

La voz de Maribel le detuvo.

– ¿Qué haces tú aquí? –rugió volviéndose hacia ella– Vuelve a casa... Ya hablaremos tú y yo...

– Deja ese bidón Ramiro.

– ¡¡Que vayas a casa maldita ramera!!

Ramiro dejó el bidón en el suelo y dio unos pasos hacia ella, seguro de que un solo gesto suyo la acobardaría. Sin embargo su mujer parecía distinta. No se movió de donde estaba, como si ya no le temiera. Eso le desconcertó.

– Por favor, señora De la Vega... –suplicó Martín al ver que se enfrentaba a Ramiro–, tenga cuidado, está como loco...

– Hazle caso, Maribel. No te conviene hacerme enfadar más de la cuenta. Vuelve a casa y te perdonaré.

– ¿Perdonarme? No... Eso se acabó, Ramiro. Deja ese bidón y márchate o llamaré a la policía –sacó un

móvil de su bolso y lo levantó para que lo viera bien.

– No te atreverás, puta... –Sara se tapó los oídos. Ella aún temía a su padre– Vuelve a casa...

¡¡¡Ahora!!!

– Volveré a casa, pero no contigo, Ramiro.

– ¿Qué? –un silencio denso y crítico envolvió la escena. Ramiro sopesó la nueva actitud de su esposa. Calculaba si hablaba en serio o no– No importa, cuando acabe arreglaré este asunto contigo...

De la Vega dio media vuelta, cogió el bidón y se internó de nuevo en el patio, dispuesto a prender fuego a los abetos. Maribel, al ver lo que se proponía hacer, marcó el número de la policía.

– ¡Mamá! Mira...

Sara señalaba hacia el patio. En su menudo rostro infantil se había dibujado una expresión de asombro e incredulidad, temor, íntima satisfacción... Maribel vio su expresión y colgó. Al mirar hacia el patio, lo que vio la dejó helada.

– ¡¡Socorroooo!!!

– Oh, Dios mío... –susurró Martín– ¿Qué ocurre?

– Son los árboles...

Maribel estaba en lo cierto, pero no acertaba a explicar lo que estaba presenciando. Ante ellos los abetos en masa habían rodeado a Ramiro y en medio de una agitada marea de ramas que se movían sin ton ni son, habían logrado enredarle, atraparle y reducirle. El bidón de gasolina cayó de sus manos, un rumor extraño se elevó entre los árboles que le rodeaban, pero sólo Sara comprendía lo que decían.

– ¡Acabemos con él! –gritaba uno de los airados abetos.

– ¡Sujetadle! ¡Acabad con él!

Ramiro desapareció en medio de la furiosa marabunta de abetos, cuya tumultuosa revuelta parecía incontenible.

– Mamá, ¿qué va a pasar?

– No lo sé Sara, no sé qué está pasando...

– Los árboles están vivos, mamá.

Ninguna de las dos se atrevió a moverse. La situación sobrepasaba su entereza. Martín, que intuía que algo sobrenatural estaba sucediendo, tampoco hizo ni dijo nada. Incluso Black había enmudecido, a pesar de que él sabía de sobra de lo que eran capaces los árboles.

Al cabo de un rato los abetos fueron aquietándose, el atroz murmullo de sus voces se fue apagando, y al fin la calma regresó al vivero. Black se sentó, las orejas muy derechas, atento al patio. Nada se movía en él.

– ¿Ramiro? –Maribel no sabía qué hacer– ¿Ramiro?

– ¿Dónde está papá?

– No lo sé cariño, no le veo...

– Señora De la Vega, tenga cuidado –advirtió Martín al ver que Maribel se acercaba al patio.

Pero ella intuía que no corría peligro alguno. Pasó por delante del expectante Black y se acercó a los abetos, que la observaban en silencio. No se sentían culpables por lo que habían hecho, en absoluto. Para ellos era una cuestión de supervivencia.

Maribel buscó a su marido entre los árboles. Se internó en medio de ellos, anduvo entre los grandes tiestos, apartando las grandes ramas, pronunciando su nombre en voz alta... Un fuerte olor a resina flotaba en el ambiente; la quietud era absoluta. Desde el cielo cayeron algunos copos de nieve. Ramiro no estaba. Había desaparecido.

Capítulo 6

El bosque ya no le parecía al joven sauce tan umbrío y triste como antes. Liberadas sus raíces, se alegraba de haber regresado, se enorgullecía de haber descubierto lo importante que era para él pertenecer a aquel maravilloso lugar. En todas las estaciones del año, incluido el invierno. Ya no le importaba estar desnudo o no, había aprendido la lección, se aceptaba a sí mismo en todas sus facetas, y lo mejor de todo era que incluso habiendo perdido una rama, había aprendido a mirar alrededor, a valorar cuanto le rodeaba, y a quienes conformaban su mundo. Jamás olvidaría a la pequeña Sara, pero su lugar estaba en aquel bosque, al que pertenecía por entero.

Echó una última mirada atrás, hacia el ancho sendero de nieve por el que había regresado al hogar. Se preguntó qué habría sido de Sara y su madre... Algo le decía que ahora eran tan libres como él. Sintió una punzada de alegría en su interior, y suspiró.

– Vamos, árbol tonto... –susurró cariñosamente Kobalim– ¿No vas a entrar?

– Ya has estado demasiado tiempo ausente –añadió Rimbudëth, sentado junto a Kobalim en una de sus ramas–, creo que te habrán echado de menos.

– Sí, tenéis razón.

El joven sauce se internó en el bosque. Aspiró con fuerza el aire frío de la tarde, dejó que la nieve empapara sus raíces al pisar sobre el manto de hojas sepultado en el suelo... Vio al viejo avellano, aún dormido, los acebos, resplandecientes con sus preciosas bolas rojas repartidas entre las puntiagudas hojas verde brillante, los altos robles, los matorrales... Se sintió en casa.

Sabía dónde debía pasar el invierno. Con aire decidido, no se dio cuenta de lo hermoso que estaba al cruzar el bosque en dirección al río; su figura resplandecía con destellos de plata sus ramas semejaban lazos brillantes, y cuando se asentó a la orilla de la mansa corriente de agua, hundió sus raíces en la fértil tierra negra y se inclinó para dormir hasta la primavera, no le importó nada de todo eso. Una felicidad maravillosa recorría su tronco de arriba abajo.

Los duendecillos estallaron en sonoras carcajadas, contentos de haber recuperado al sauce. El bosque volvía a estar completo ahora.

